

Las novelas de espías

EN BUSCA DE LA JUSTICIA PERDIDA

RAMIRO CRISTOBAL

SHERLOCK Holmes podía estar tranquilo: cuando detenía a un delincuente, toda la buena conciencia de la mejor sociedad victoriana estaba de su parte. La Policía y los detectives de una respetable comunidad burguesa eliminaban el cuerpo dañino, casi diabólico, que perturbaba la vida que debía ser. El padre Brown de Chesterton contaba, además, con la dispensa divina. Dios y el Estado querían el aplastamiento, la erradicación del delito.

Con la novela negra perdimos la inocencia o, al menos, empezamos a perderla. Spade, Marlowe, Archer ya no están tan seguros del mal con el que se enfrentan y, por eso, sufren de cansancio permanente. El gran problema de los detectives cuarentones es el de dilucidar dónde y quién es el verdadero enemigo. Como en el juego de las cajas chinas, un asunto envuelve a otro y un delincuente tiene siempre otro grupo delictivo superior. Al final es el gran "gang", que casi se confunde con el poder político. Y la corrupción llega tan alta, que no se sabe si es consustancial con aquél.

Poco a poco, el detective, como la Policía, toma conciencia de su triste condición: ha sido contratado por un sector de la corrupción para que le ayude a aplastar al rival. No hay postura ética que valga; lo mismo sería haber procedido al revés. Por lo demás, si el hombre no es hábil, si no anda listo, acabará de ser aplastado en esta jungla sin salida.

Los espías como ejemplo

Lo que hoy queda de la novela policíaca puede ser

agradable, legible, pero difícilmente admisible. La más reciente novela-problema ("Ellery Queen", por ejemplo) tiene todo el valor de un rompecabezas entretenido, pero, en el fondo, todos sabemos que los asesinatos de Queen están de más en el mundo de Vietnam y Chile. La novela negra, por su parte, se resuelve en una tremenda violencia sin solución o deriva, más sensatamente, hacia las grandes organizaciones criminales y hacia el espionaje industrial o el crimen político.

¿Y los espías? Son el final natural de la trayectoria. El gran delito es ya el de los Estados, y Archer y Spade se llaman ahora George Smiley y Maurice Castle, según los mejores maestros actuales del género, John Le Carré y Graham Greene.

Claro que los espías también tuvieron tiempos mejores o, por lo menos, exentos de complicaciones. Con el cerrilismo de la guerra fría resultó que James Bond tenía la bestial claridad mental de ser anticomunista, machista, violento y despiadado. El enemigo también estaba claro: la URSS, con sus agentes-cosacos y sus sinuosas y diabólicas comisarías. El escritor Ian Fleming creó a Bond en su voluntario destierro de Jamaica y Umberto Eco zurró al personaje desde todos lados. Al fin, la coexistencia se llevó por delante al bueno de Bond y le dejó en manos de recalcitrantes fascistas.

Lo que vino después, es decir, ahora mismo, tuvo otras características más sutiles.

El factor humano

Después de Bond, el cine se inventó otra cosa. El nue-

vo estilo fue sancionado por la película "El espía que surgió del frío", según la novela de Le Carré, despojándola previamente de las intenciones políticas y centrándose

en la persona del agente utilizado por ambos bloques y eliminado, finalmente, cuando no es necesario. Si bien es cierto que esta última característica es típica del pensamiento de Le Carré (David Cornwell, en realidad), también es verdad que ya planteaba en esta novela, como en todas las demás, el afán de revancha y el espíritu rapaz e imperialista del bloque occidental, lo cual fue hábilmente escamoteado en la cinta.

En unas declaraciones que Le Carré hizo en el mes de julio de 1974 a Olivier Todd,

Graham Greene ha visto y vivido casi todo.



en "Nouvel Observateur", se refería claramente a este aspecto y en particular a su novela donde queda más claro, "El espejo de los espías" (1). Le Carré la escribió durante una estancia en Grecia, y en ella plantea el inútil sacrificio de un veterano agente en una misión en Alemania del Este. Es un caso de tierna y destructiva nostalgia por parte del servicio secreto del Ejército. Es la busca de la juventud perdida: los responsables creen seguir en lucha con los "boches" de los años de la guerra mundial. El agente hará un triste y estúpido crimen y será detenido muy pronto.

Es esta peligrosa, neurótica raza de hombres, utilizados por intereses superiores, lo que Le Carré ha tratado de mostrarnos desde "El espía que surgió del frío" hasta "El honorable colegial", pasando por "Llamada para el muerto" y "Una pequeña ciudad de Alemania". Como su maestro Graham Greene, Cornwell ha trabajado para el Foreign Office y sabe muy bien del pie que cojea Occidente. Muy próximo, según propia confesión, al Partido Comunista en sus tiempos de estudiante, es hoy "un buen socialdemócrata. Voto laborista sin mucho entusiasmo. Si fuera francés, votaría por Mitterrand", y añade: "Pero hay una cosa que los socialistas no han comprendido nunca, a propósito de las llamadas clases superiores: por malas que ellas parezcan, son, en realidad, peores...".

El factor humano. El título de la última novela de Greene es el leit motiv de George Smiley, el pequeño, feo y gordo espía de Le Carré. Amante de los poetas góticos alemanes del siglo XVI, intenta inútilmente poner un poco de calor humano en su despiadada profesión. Y ello nunca es posible, porque la supervivencia es la inhumanidad. Contra eso sólo queda marchar y dejar a las espaldas un mundo de crímenes que apenas cubre las buenas maneras de pulidos funcionarios.

(1) En Editorial Brujuna, "El libro amigo", al igual que varias de las otras novelas de Le Carré citadas.

El viejo maestro

David Cornwell va a cumplir cuarenta y ocho años. Ha visto mucho, pero su experiencia vital es limitada. Su compatriota Graham Greene cumplirá setenta y cinco el próximo mes de octubre. Ya ha visto y vivido casi todo. Salvando todas las distancias, le ha sucedido lo que a Bertrand Russell: ha tenido tiempo y ocasión de hacer un recorrido completo no sólo vital, sino intelectual, literario y, por supuesto, ideológico.

Los espías de Greene también tuvieron su época de absoluta pureza y, como los detectives de Chesterton, eran cruzados del bien y de Dios contra el ateísmo y el propio Satanás. Rabiosamente anticomunista en su primera época de escritor, será utilizado hasta la saciedad en la



John Le Carré: una peligrosa, neurótica raza de hombres.

guerra fría. La Viena ocupada de posguerra de "El tercer hombre" es, para Greene, la línea de contención de la corrupción y la tiranía soviética. Digamos de paso que la Viena del joven Le Carré también a la sazón en este lugar, no coincide demasiado: "Los ingleses en Austria —dice— se parecían, aunque un poco peor educados, a los ingleses en la India. Bebían demasiado y se dirigían a los nativos farfullando una especie de endiablado alemán. Por lo



James Bond tenía la claridad mental de ser anticomunista, machista, violento y despiadado.

demás, aquello estaba infestado de civiles que a la sombra de los poderes militares se enriquecían en el mercado negro".

Cuando Greene escribe "El poder y la gloria" (1940), lo hace bajo los efectos sentimentales del horror que le produce la explosión anticlerical de la revolución mexicana. Luego, sin embargo, irá cambiando: la evolución ideológica está en marcha. El drama de Indochina es la espoleta. Escribe "El americano impasible" (1955) y hace un pronóstico de la gran derrota americana en Vietnam. Consecuentemente, cuando le sea pedida su opinión sobre la guerra, en 1966, responderá con virulencia: "Me opongo rotundamente a la intervención de los Estados Unidos en Vietnam. No veo disculpa para la presencia de tropas extranjeras en el suelo de ese país. La disculpa de contener el comunismo da por supuesto que el comunismo es, dondequiera, un mal. Cualquiera con experiencia

del Vietnam sabe que no es así" (2). Desde entonces, su concepto de la política y, por tanto, del espionaje cambia notablemente. Incluso sus estrictas creencias religiosas se modifican notablemente.

Este cambio culmina en "El factor humano" (3), tras el hermoso paréntesis de "Viajes con mi tía", canto a una juventud renovada. El tortuoso camino del autor y de sus criaturas literarias tiene ya un nombre: Maurice Castle. El personaje de "El factor humano" ha servido bien a su patria en los Servicios de Inteligencia. Su misión clave ha tenido lugar en Sudáfrica. Sus enemigos: la Policía política del "apartheid"; sus enlaces: nacionalistas y comunistas de la oposición clandestina.

Muchos años más tarde, las cosas han cambiado. Angola y Mozambique son Repúblicas populares, Rhodesia

(2) "Los intelectuales ante el Vietnam", Alfaguara (1988).

(3) En Argos-Vargara (1979).

Espías

se tambalea, la caída de Sudafrica puede ser catastrófica para Occidente. Se pone en marcha la operación "Tio Remus", en la que han de colaborar los servicios de Estados Unidos, Inglaterra y la República Sudafricana. Esta vez hay que descubrir y denunciar a la oposición. Hay que jugar inequívocamente a la contrarrevolución. La caída emotiva personal de Castle es profunda y la crisis definitiva. En su huida, Greene parece optar, por un momento, por la vieja salida de aplastarle entre los dos bloques en pugna. Al final, significativamente, le va a dejar vivir en medio de su soledad y su amargura de viejo.

La crisis de la aventura

En efecto, la aventura está muriendo. Hoy por hoy, el destino no juega limpio. Si alguien quiere arriesgar su vida por una causa, sea éticamente justa o no, puede estar casi seguro que acabará perdiéndola y así la apuesta no tiene emoción. No hay defensa por heroica que ésta sea contra el gran Leviathan del Estado; no hay huida en un mundo que se recorre en minutos y en el que las Policías respectivas pueden hacerse un favor, sin más escándalo; no hay, siquiera, firmes convicciones en un mundo que parece confuso. Por eso, la aventura acaba siendo la del hombre contra su propia honestidad; el dilema eterno de vivir de rodillas o morir en pie. Nunca el de morir o sobrevivir.

En nuestro mundo occidental, las novelas de espías han comenzado a ser parte de nuestra conciencia. La época de los heroicos defensores de la justicia ha terminado, por la sencilla razón de que ésta ha desaparecido y nadie sabe dónde está. El encontrarla y limpiarla de polvo y paja será una tarea de unos y otros. Es decir, de escritores y lectores, si es que esta relación dialéctica aún puede existir. ■ R. C.

• Corresponde a todos los artículos publicados durante 1978, que aparecen citados en tres clasificaciones:

**TEMAS
PERSONAJES
AUTORES**

• 56 páginas en el formato habitual de 19 x 27 cm.

— Puede utilizar este mismo boletín para pedir índices de años anteriores. Los de años no citados se encuentran agotados.

triunfo
**INDICE
1978**
TEMAS • PERSONAJES • AUTORES

20 POR 100 DESCUENTO A LOS SUSCRIPTORES

BOLETIN DE PEDIDO

- Remítanme los INDICES de TRIUNFO de los años que indico:
 - 1 ejemplar de 1978 1 ejemplar de 1974
 - 1 ejemplar de 1977 1 ejemplar de 1973
 - 1 ejemplar de 1976 1 ejemplar de 1972
 - El precio de cada ejemplar es de 125 pesetas (para los suscriptores, el precio es de 100 pesetas).
 - Para el pago del pedido de pesetas, elijo la siguiente modalidad:
 - Adjunto talón bancario a favor de TRIUNFO.
 - He enviado giro postal núm.
 - Nombre y apellidos
 - Domicilio
 - Población D. postal.
 - Provincia
 - Mi número de suscriptor es
- (Enviar este boletín a TRIUNFO. Plaza Conde Valle de Suchil, 20. Madrid-15.)